

Francisco Rebolledo

RASERO

o

El sueño de la razón



Ediciones Era

Edición original: Joaquín Mortiz, 1993
Primera edición en Biblioteca Era: 2012
ISBN: 978-607-445-198-6
DR © 2012, Ediciones Era, S.A. de C.V.
Calle del Trabajo 31, 14269 México, D.F.
Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Este libro no puede ser fotocopiado, ni reproducido total o parcialmente,
por ningún medio o método, sin la autorización por escrito del editor.

*This book may not be reproduced, in whole or in part,
in any form, without written permission from the publishers.*

Rasero se terminó de imprimir en el mes de agosto de 2012
en Litográfica Ingramex, S.A. de C.V., Centeno 162-1,
Col. Granjas Esmeralda, 09810 México, D.F.

www.edicionesera.com.mx

Índice

- I. Diderot, 13
 - II. Damiens, 47
 - III. Voltaire, 109
 - IV. Mozart, 159
 - V. Mariana, 197
 - VI. Madame Pompadour, 257
 - VII. Lavoisier, 339
 - VIII. Robespierre, 397
 - IX. Goya, 485
- Reconocimientos, 543

Para Marcela, mi Mariana

*Se paró el dragón delante de la mujer
que estaba a punto de parir
para tragarse a su hijo en cuanto le pariese...*

SAN JUAN, *El Apocalipsis*

*El Egoísmo y su fiel esposa, la Estulticia, serán sus dioses.
Y serán amados y respetados como jamás
se adoró a un dios sobre la Tierra...*

FAUSTO H. RASERO, *Por qué os desprecio*

El sueño de la razón produce monstruos.

FRANCISCO GOYA *LUCIENTES*

I
Diderot

París. Diciembre, 1749

En la pequeña casa de la calle de Saint-Victor, Denis Diderot hacía acopio de fuerzas para olvidar las terribles noches que había vivido en el torreón de Vincennes. Le resultaba difícil. El olor y las ratas persistían en su memoria, sobre todo el primero. No había conseguido desprenderlo de sus sentidos, porque era un olor tal, picoso y desagradable, de orines y moñigos quemados, de ajos y aceite frito, de cal tostada y pescado rancio, que le había invadido no sólo el olfato, sino literalmente todos los sentidos. Lo tenía en el tacto: sus manos, lavadas mil veces tras abandonar la cárcel, seguían húmedas y pegajosas absorbiendo esa repugnante pócima que parecía entrar en su torrente sanguíneo y viajar por él hasta llegar a la pituitaria, que estaba saturada del olor de Vincennes. La vista también le jugaba malas pasadas, pues creía ver en cada objeto, fuera una mesa, un plato o un libro, una especie de transpiración gomosa: diminutas gotas como el rocío, amarillo-verdosas como la pus. Sabía que esa sustancia era el extracto del olor, que si tocaba cualquier objeto la esencia viscosa se pegaría en sus manos, viajaría por su sangre y llegaría a su olfato. A veces, veía transpirar su propio cuerpo y se sentía como una babosa arrastrándose con el asqueroso olor a cuestras. Llenaba entonces la tina con agua tibia y se sumergía en ella, dejando fuera apenas la cabeza. Sólo de esta forma se sentía bien, descansaba por un rato del olor que lo atormentaba. En el agua tibia, hundido hasta la barbilla, pensaba cómo Marat, muchos años después, acudiría a idéntico remedio y se preguntaba si acaso Marat –ese exaltado jacobino que nunca llegó a conocer– sentiría el mismo acoso del olor.

Estaba en la alcoba, viendo cómo caía la tarde invernal en el cielo de París, cuando Lizette le vino a avisar que acababa de llegar su buen amigo, Jean d’Alembert. Lo hizo pasar, pues no tenía ánimos para salir del agua. Vio entrar al matemático, humilde, sombrío, sin peluca, con su espeso cabello castaño amarrado en una cola. Vestía de oscuro, como un maestro de pueblo.

No había nada en él que ocultara su orfandad; el hospicio traslucía en cada poro de su piel. Sus ojos grises y profundos avisaban una enorme inteligencia al tiempo que una permanente tristeza, como si estuviesen siempre a punto de estallar en llanto, en un llanto suave y delicado, que debería ser por eso mucho más triste, mucho más nostálgico.

D'Alembert se quitó el tricornio y saludó. Mientras lo hacía, Diderot descubrió con disgusto que su amigo también estaba impregnado del olor: su ropa de paño negro dejaba entrever una fina capa amarillenta que semejava al hálito de un iluminado. “Un ángel caído, cubierto de polvo del cielo –pensó– o más bien del infierno”, y recordó al divino Dante cuando narraba los tormentos del inframundo. Con un gesto le señaló una silla que había junto a la puerta, por fortuna bastante retirada de la bañera. No pudo reprimir el impulso que lo impelía a alejarse del hedor que emanaba de su amigo y sumergió la cabeza en el agua durante un buen rato, hasta que comprendió que era peor morir ahogado que soportar tan espantoso olor. D'Alembert no se sorprendió demasiado al ver sumergirse en el agua a Denis. Había aprendido a conocerlo y a comprenderlo. Profesaba por él una enorme simpatía y una no menor admiración. ¿Cómo era posible que detrás de ese rostro sanguíneo, de gruesas mejillas, con unos ojos tan apacibles y benignos, el rostro de un amable panadero de la Champaña, se ocultara una inteligencia tan portentosa, tan, por así decirlo, demoniaca? Su amigo se sumergía, pensaba D'Alembert, para refrescar un poco su cerebro, esa imponente máquina que no paraba las veinticuatro horas del día, siempre pensando, imaginando, diseñando sabe Dios qué ambiciosos proyectos. Esa frente amplia que Diderot lucía con cierta vanidad estaba siempre coronada de minúsculas gotas de sudor, resultado, sin duda, del hervor producido por la frenética actividad que ocurría dentro. Casi esperó que emergiera vapor de la tina cuando su amigo hundió la cabeza, como si fuese una plancha recién quitada de las brasas.

–Perdona, querido Jean –los escasos cabellos empapados planchaban su cráneo, dándole un aire de casco bizantino–, he tenido una mala racha con mi cuerpo. Es la ciática, creo. ¡Ah, amigo!, pronto se deja de ser joven.

–¡Qué va! Tú no me engañas, Denis. Estás hecho de una pieza. Lo que ocurre es que estás sentado demasiado tiempo. A mí me pasaba lo mismo hasta que el abate Bernis me enseñó a escribir de pie. ¡No puedes imaginarte el cambio! Desde entonces el cuerpo me fastidia tan poco, que a veces me olvido de que existe. Es una sensación maravillosa.

–¿No te ha hablado el abate Bernis de las várices? Trabajando de pie alivias la espalda, pero atormentas las piernas. Y las mías son débiles. Quizás

el remedio fuera trabajar acostado, como los moros. Cuentan que Avicena escribió toda su obra recargado en mullidos cojines.

—Sí, mientras una hermosa odalisca lo masturbaba. Ya he oído hablar de ello. Pero no te hagas ilusiones, Antoinette nunca te dejaría trabajar así. Por cierto, ¿dónde está ella?

—De seguro en alguna iglesia, rezando. Es increíble, Jean, la fuerza que puede alcanzar la fe en el desvalido. Hace mucho tiempo, cuando nos conocimos, Antoinette se había vuelto casi tan agnóstica como yo.

—Bueno, no exageres.

—Es verdad. Y ocurre que ahora, después de perder esos tres niños, el sentimiento religioso ha vuelto a brotar en ella, y con más bríos. No me lo dice, pero yo lo siento, se encuentra más a gusto dentro de una iglesia, hablando sabe Dios qué cosas con una imagen de madera, que conmigo. Probablemente y aun sin quererlo, me considera responsable de su desgracia. ¡Como si no fuera también la mía! Éste es un tema que me gustaría que discutiéramos con calma algún día, querido amigo: ¿Por qué aumenta la fe en Dios en proporción directa con las desgracias que le achacamos? Alguna vez hice esta misma pregunta a Voltaire y me respondió con una fina ironía: “¿Por qué no mejor se lo preguntas al perro de algún mendigo? Porque es bien sabido que cuanto peor trato les da su dueño a esos pobres animalitos, tanto más apego tienen por él”.

—Es una respuesta ingeniosa.

—Sí, como todas las tuyas. Pero en fin, vayamos a lo nuestro. El año próximo tiene que estar publicado el primer tomo de la Enciclopedia.

¿Cómo avanza esa introducción?

—Despacio, muy despacio; como un molino con poco viento. He tratado de seguir el método que me propusiste: no escribir nada hasta sopesarlo por completo, hasta descubrir todas las posibles trampas donde pueda ocultarse la simpleza. Pero es difícil, créemelo, muy difícil. Por momentos, mi razón se empeña en jugarme malas pasadas. Me lleva a pensar que el mero hecho de escribir para explicar un tema o una idea, es una especie de conjuro que me obliga a incluir algo en la idea original; algo que la desfigura, que la hace aparecer distinta a como la concebí en la mente. Al llevar la idea al papel, parece que se manchara con la propia tinta con que la escribo y, queriéndola limpiar, la empiezo a cargar de analogías, de adjetivos, de verborrea, hasta que encuentro que la sintaxis, lejos de limpiarla, la oculta casi por completo. Y, peor aún, cuando esforzado por pulirla, la contamina sin darme cuenta con otra idea. Otra idea que suele ser, ¡créemelo!, diametralmente opuesta a la original.

Entonces la pluma corre frenética tras ella, tratando de atraparla y eliminarla. Pero muchas veces lo que consigo, y de eso me doy cuenta cuando leo el párrafo recién escrito, es hacer una presentación rigurosa y hasta deslumbrante de la idea parásita, que logró, sin hacer el menor esfuerzo, desplazar a mi intuición original. Tal vez te suene confuso todo esto, pero no es fácil de explicar.

—No, Jean, te comprendo muy bien. Por supuesto que eso a mí también me ocurre —Ahora el olor empezaba a ceder. Quizás aparte de la tina, el hablar, el sumergirse en un discurso donde cada neurona de su cerebro tenía que estar alerta para enviar la palabra precisa, que ajustara como anillo al dedo con la idea que estaba en su mente, fuera el único remedio para apartar de sus sentidos el olor y las ratas. Inmerso en la charla, no era que dejara de percibir el maldito olor, lo que ocurría es que no se daba tiempo para sentirlo, para degustarlo con toda intensidad. Era por ello que al salir de Vincennes se había vuelto, si es posible, más locuaz, más vehemente. Las ideas fluyendo frenéticas por cada nervio de su cuerpo inhibían los recuerdos, matizaban la potencia de ese aroma—. ¡No puedes imaginarte el enredo que fue traducir ese estúpido diccionario inglés! Los sajones, amigo, definitivamente no razonan igual que nosotros. No sé si esto se deba a su idioma. O al revés, que su idioma sea el resultado de su forma de razonar. El hecho es que aderezan sus planteamientos con una especie de, ¿cómo decirlo?, de espiritualidad; muy pagana, por cierto, pero nada, o aparentemente nada, racional. Pareciera que los antiguos brujos druidas hubiesen reencarnado en sus mentes. Todo lo que está escrito por un inglés carga algo inmanente, teleológico, al fin y al cabo religioso. Piensa en Newton, por ejemplo: después de hacer un impecable análisis del movimiento, donde su portentosa inteligencia logra poner en orden y presentar, como sólo Euclides pudo hacerlo, la naturaleza al desnudo, limpia, clara y en perfecto equilibrio. Después de esa titánica labor, te decía, surge de repente, o no tan de repente, porque si reflexionas un poco te das cuenta que siempre ha estado ahí, agazapado como un lince que acecha a su presa, un Dios, absoluto e imprescindible. Resulta que todo ese espléndido sistema que su razón había establecido está sustentado por un Dios omnipresente. Un Dios que, si sigues con cuidado a Newton, es después de todo la causa, la razón y el efecto del movimiento y es en sí mismo inaccesible e incognoscible. Puedes creerme que ese Dios es idéntico al motor inmóvil de Aristóteles.

—Sí, lo he pensado alguna vez.

—Pero eso es terrible. ¿Para qué entonces los Principia; para qué esos axiomas; para qué esas hermosas demostraciones del movimiento de los astros;

para qué develar la gravitación, si todo a fin de cuentas está soportado por Dios? Y a Dios, mi amigo, ya lo descubrimos hace mucho. A veces siento que Newton era una especie de místico con habilidades equivocadas. Con la habilidad de un artesano que busca a Dios y no encuentra mejor camino para dar con él que armándolo con sus manos, como un pintor lo haría retratándolo. Todos los Principia, si descubres la intención original de su autor, resultan ser un retrato mecánico de Dios.

—Creo que exageras de nuevo, Denis.

—¡Qué va! Más bien me quedo corto. ¿Acaso no recurre Newton a Dios para postular un tiempo absoluto o un espacio infinito?

—Pero prescindiendo de Dios el sistema funciona perfectamente, y eso es lo que cuenta.

—¡Ahí está! Tú eres francés. Acabas de hablar como un auténtico latino. A fin de cuentas te importa lo real, lo que se puede comprender y transformar. Piensa en Descartes, por ejemplo. Hace exactamente lo contrario que Newton. Cuando empiezas a estudiar su obra puedes pensar que se trata de un fervoroso creyente, mucho más preocupado por Dios que el propio inglés. Pero si te adentras en sus ideas, descubrirás que a Descartes, Dios le interesa muy poco. Recuerda su sistema. ¿Qué es lo que hace? Antes que nada propone la existencia de Dios como un axioma inapelable. A partir de entonces penetra, por decirlo de algún modo, en lo real, en el pensamiento, en la materia, en lo que tú quieras. Así, desarrolla su discurso y llega a conclusiones que no dependen en lo más mínimo de aquel Dios tan engalanado y solemne que nos describió al principio. Al postular la existencia de Dios, Descartes hace una concesión a su época (y tal vez a su conciencia, porque el hecho de que fuera o no creyente, no desvía un ápice lo que te estoy diciendo) para poder trabajar en paz con sus ideas, las cuales, puedes estar seguro, no tienen que ver nada con Dios. Para los latinos, Dios es un ente superior que nos hemos impuesto a punta de espada (o asados en leña verde), a quien tenemos que respetar y temer, porque de alguna manera es una especie de árbitro o supremo apelarador en nuestras relaciones. Por eso lo tenemos a buen recaudo en nuestras iglesias. Pregúntale a cualquier francés, o italiano o español, en dónde está Dios. Todos, o la abrumadora mayoría, te contestarán que está en las iglesias. Porque, al fin y al cabo, allí es donde debe estar, debidamente incensado, adornado y adorado. Afuera de los templos no estamos más que nosotros, tristes mortales: y si acaso están los curas, que son algo así como repartidores a domicilio de Dios cuando la necesidad lo impone. Cuando alguien va a morir, por ejemplo, y no puede desplazarse a la iglesia más cercana, pues el cura le

trae a Dios a su casa y lo absuelve, quitándole de encima el enorme peso de morir sin haber hecho un debido balance y ajuste de cuentas con el Creador (y quitando también de encima unos cuantos luses a los familiares del moribundo). Por el contrario, pregúntale a un inglés o a un alemán dónde está Dios. Sin duda te responderán: “Dios está en mí, Dios está en todas partes”. Y se pasan toda su vida y toda su obra buscándolo. Nosotros, por fortuna, lo encontramos hace ya mucho tiempo.

D’Alembert escuchaba arrobado la perorata de su amigo. De todas sus cualidades, la que más admiraba y, por qué no decirlo, envidiaba, era esa deliciosa capacidad para dispersar su mente, para saltar de un cúmulo de ideas a otro, como lo haría una abeja entre las flores. Diderot se interesaba por todo; nada estaba a salvo de ser destazado por su implacable inteligencia. Como si hubiese atesorado cada uno de los finos cuchillos que había hecho su padre, su mente siempre estaba armada para cortar, separar, desmenuzar cualquier idea, partiéndola en diminutos fragmentos, del tamaño acaso de los átomos de Leucipo, para volver a armarlos luego, siguiendo unos planos diferentes, reintegrándolos a otro cuerpo que en apariencia nada tenía que ver con el original. Él no era así, no tenía ese instinto por la totalidad de su amigo. Estaba lejos de ser un “Pantófilo”, como llamaba Voltaire a Diderot. Él era demasiado ordenado. No podía exigir a su mente que divagara. Necesitaba el método, la razón, la lógica. Quizá por eso era un matemático excelso. Desde muy pequeño, entre los cálidos brazos de madame Rousseau, más que su madre, su única referencia del mundo, el único cobijo que tuvo a mano para resguardarse de la fría soledad que caló en su cuerpo desde el mismísimo día en que una camarera de madame Tencin –su frívola, verdadera y ausente madre– lo abandonara recién nacido en las escaleras de Saint Jean-le-Ronde; desde muy pequeño –decía– se aficionó por el orden, amó el equilibrio; instaló su mente en el mundo de la lógica, donde todo silogismo debe encuadrar perfectamente; donde nada queda al azar, todo es inferido e inferente; donde no hay más hueco que la ignorancia; donde se puede diseccionar algo hasta lo infinitamente pequeño para encontrarle su razón, su “fluxión” diría Newton, y entonces, liberado ya de sus misterios, desnudo, con su enorme sencillez auestas, puede repetirse, puede sumarse hasta el infinito sin perder su cualidad, sin ser apenas más que una curva trazada en el papel. ¿Qué más, si no, son las matemáticas?

–Así pues, Jean, como a Dios lo tenemos localizado y a buen resguardo, podemos enfocar nuestra atención a las cosas de este mundo. Pese a lo que me has hablado de tu guerra particular con la pluma, la sintaxis y las ideas, tú

debes escribir la introducción de la Enciclopedia. Sencillamente nadie podrá hacerlo mejor.

—¿Y por qué no tú, Denis? Sería más justo. Has trabajado en esto mucho más que yo. Tú has hablado con...

—Por favor. Perdona que te interrumpa, Jean. Pero este punto ya lo hemos discutido suficientes veces. ¿Por qué yo no? Mira, muchacho, porque yo soy Denis Diderot, hijo de un cuchillero de Langres. Un perfecto desconocido, o casi perfecto, porque ya hay quien empieza a conocerme. ¿Y sabes cómo me conocen? Como el rufián que purgó en Vincennes —nada más decir ese maldito nombre y el olor reaparecía— un justo castigo por escribir obscenidades, así las han llamado, e insultos contra Dios y su Santísima Madre Iglesia Católica y Apostólica y Romana —lanzó un profundo suspiro. El olor, más fuerte que nunca, empezó a provocarle náuseas. El agua se había enfriado y lo resintió su cuerpo, atormentado por el reumatismo—. ¿Escribirla Voltaire? Ese hombre, amigo mío, es demasiado conocido. Además, pese a toda la admiración que podamos profesarle, debes reconocer que es pérfido y vanidoso como un pavo de Indonesia. Si él escribiera la introducción, ten por seguro que se las ingeniaría de tal forma que, pese a decir literalmente que se trata de una obra de conjunto donde participan muchos hombres, el lector avisado comprendería enseguida que el único autor es en realidad el propio Voltaire. Admítelo, Jean, ese hombre es incapaz de compartir nada con nadie... como no sean las ganancias por la especulación con los ahorros de los parisinos y, eso sí, llevándose siempre la parte del león. ¿Montesquieu? Llevo seis meses enviándole las cartas más melosas y zalameras que he sido capaz de escribir en toda mi vida. Y, ¿sabes cuál ha sido su respuesta? Pues el barón de Montesquieu, el autor de las *Cartas persas*, el inquisidor del Imperio Romano, el hombre que trabajó durante quince años para poner en francés las ideas de Locke con su *Espíritu de las Leyes*, el gran Montesquieu, pese a que casi le besé el culo en mis cartas, me ha prometido todo lo más ¡un artículo! Y, ¿sabes sobre qué?, sobre “estética y buen gusto”. Eso nos ofrece Montesquieu, ¡y tú quieres que escriba el prólogo! Nada más te falta mencionar a Buffon. Estoy seguro que haría una presentación al gusto de la condesa de Egmont y del zoológico de afectados que asiste a sus tertulias. Un día, cuando esté realmente enfadado contigo, te voy a pasar alguno de sus escritos para que lo corrijas. Vas a saber lo que es un tormento. Y eso si logras trabajar; si la miel que destilan sus textos te deja despegar la mano del papel o si el olor a extracto de rosas que expelen sus palabras no termina por hacerte vomitar.

–Eres cruel, Denis.

–No, amigo, el cruel es Buffon. Creo que le hace un flaco favor a la ciencia divulgándola con ese estilo de petimetre. Aunque, hay que reconocerlo, sabe de lo que habla. Pero de eso a hacer el prólogo, jamás. Por favor, dile a la moza que me traiga un cubo con agua caliente; se me empieza a entumir el cuerpo.

Mientras su amigo iba a la cocina, se sumergió de nuevo. Realmente se sentía muy mal. Este condenado proyecto empezaba a apestar tanto como la cárcel de Vincennes. Intuía, y sabía que su intuición jamás fallaba, que iba a terminar cargándolo él solo. “D’Alembert, pese al gran entusiasmo que demuestra, va a acabar por fastidiarse –pensaba–. O peor aún, se va a asustar. Porque no va a ser capaz de soportar el suplicio de Vincennes o la Bastilla. Jamás arriesgará su preciada libertad de huérfano, no se apartará una pulgada siquiera de la dulce protección de su encantadora Julie-Jeanne...”

–Así pues, querido Jean, no existe persona más adecuada que tú para escribir ese prólogo. Veamos: primero, pese a todo lo que me has dicho, escribes muy bien; segundo, eres el sabio más respetado del país, académico a los veinticinco años, famoso desde los veinte, y tercero, tu reputación de matemático te protege de los inquisidores y otros padres de la Iglesia. No pueden ver en ti, como lo hacen tan fácilmente conmigo, a un enemigo de Dios y de su culto, y esto por una sencillísima razón: no tienen la menor idea de lo que son las matemáticas y su fe no es tan grande como para imponerles la penitencia de estudiarlas. Actúan contigo como lo hacían los vasallos del rey Midas ante sus ropas de idiotéz. Esto es un asunto concluido. Sigue peleándote con tus ideas y puliendo tu sintaxis, pero no dejes de hacer ese prólogo. Y apúrate; los librereros me están presionando mucho. Me han dicho que piensan contratar a más de dos mil suscriptores, y cobrándoles diez pistolas por la obra los muy canallas.

Las campanas de Notre-Dame llamaban a misa de cinco. La habitación se oscurecía de prisa, sin que eso pareciera molestarles.

–Ya no debe tardar Rasero. Lo cité a las cinco –dijo D’Alembert.

–¿Rasero?

–Sí. El muchacho español del que te había hablado.

–¿El andaluz?

–El mismo. Me permití invitarlo a tu casa esta tarde. Quiero que lo conozcas. Es una persona muy extraña.

–Voltaire es más aficionado que yo a la gente extraña.

–No quiero decir eso. Es muy inteligente. Al menos eso creo. No hay conversación que haya sostenido con él, y tú sabes que siempre hablo de matemá-

ticas o cosas por el estilo, que no me haya seguido al dedillo. Es más, tengo que admitir que me ha puesto en apuros varias veces. Es muy despabilado, pese a lo abúlico de su aspecto.

—¿Cómo es?

En ese instante, escucharon un golpeteo en la puerta.

—Mejor conócelo tú mismo.

Illuminado apenas por la última luz de la tarde, Diderot vio a un hombre de mediana estatura vestido impecable con un traje azul oscuro, sin peluca ni cabello, que saludaba con finos modales a su amigo D'Alembert.

—Denis, quiero presentarte al señor Fausto Rasero.

—Mucho gusto, señor mío. Usted sabrá dispensar que lo reciba en este lugar y en este estado, pero tengo el cuerpo molido.

—No se preocupe, monsieur Diderot —dijo Rasero con su peculiar acento—. No sabe las ganas que tenía de conocerlo. ¡Denis Diderot, el héroe del torreón de Vincennes!

Al oír esas palabras, Diderot sintió que el olor volvía a cubrir el mundo. Estaba en todas partes y le golpeaba el olfato sin piedad. Hasta el agua de la tina había adquirido ese olor amarillento. La habitación, como una pintura hecha con un solo color, se había entintado del aroma. Iba a sumergirse de nuevo, pero al bajar la cabeza, notó algo extraño y la levantó enseguida. Apparentemente todo seguía igual, purulento y apestoso. La tina, las sábanas, las paredes, la puerta, Jean... ¡mas no Rasero! Su traje azul, su pálida piel, su cabeza calva y reluciente no mostraban una minúscula motita del repugnante aroma. Rasero era el único objeto en la alcoba que conservaba su color: él no olía, o para ser más preciso, sí olía, aunque emanaba un olor agradable, increíblemente agradable al olfato de Diderot. Despedía una fragancia fresca, boscosa. Olía como huele una floresta al amanecer; olía a todo aquello que no puede oler el maldito castillo de Vincennes... olía a libertad.

Diderot estaba extasiado. Retuvo largo rato su mirada en el rostro del andaluz. Un rostro peculiar, por cierto: las cejas, muy finas, coronaban unos ojos de regular tamaño, aunque muy separados y casi sin blanco visible, los enormes iris negros los consumían. El resto de las facciones era armónico sin ser hermoso: la nariz pequeña y afilada; la boca con labios finos y dientes fuertes y alineados; su quijada terminaba en punta, quitándole fuerza al rostro, pero dándole en cambio cierta gracia; por lo demás, ni una sola arruga lo surcaba, era perfectamente terso, como para matar de envidia a cualquier dama de la nobleza. Un lunar pintado en la mejilla izquierda era la única concesión a la moda de su tiempo. No usaba polvos, afeites ni pinturas.

Abandonado por el olor, Diderot súbitamente se sintió muy bien, como hacía mucho que no se sentía; como cuando paseaba al caer la tarde por los jardines del Palais Royal con Antoinette, mucho, muchísimo antes del infierno de Vincennes, cuando su matrimonio aún era un sueño y él se sabía joven y fresco, capaz de enfrentarse al mundo y conquistarlo; como cuando empezó a incubar en su mente aquel proyecto que ya no abandonaría el resto de su vida, ni siquiera en sus peores crisis de olor y de hastío... Quería aprovechar esa nueva situación, atesorar cada instante que estaba viviendo sin el fardo del olor; quería beber vino, hablar de mil cosas. Quería, en fin, abrir su olfato y todos sus sentidos al dulce aroma que penetró en su cuerpo.

—Señores —dijo—, ¿por qué no pasamos al comedor? Ya ha tenido suficiente agua mi cuerpo. Si continúo aquí, voy a terminar como una pasa, que por cierto, monsieur Rasero, en su tierra se dan deliciosas. ¿Cómo es que se llaman?

—Moscatel.

—Sí, moscatel. Pasen al comedor, por favor —sus manos, arrugadas por el agua, alisaron sus cabellos—. Jean, pídele a Lizette que abra una botella de vino y empiecen a servirse. Enseguida estoy con ustedes.

El departamento era humilde. Los muebles, de segunda mano, se antojaban demasiado grandes para la pequeña estancia. Unos cuantos grabados de escasa calidad decoraban las paredes. No obstante, el recinto tenía su encanto y éste se debía, sin duda, a los libros, de los que estaba literalmente invadido. Los había por todas partes: en dos viejos libreros sobre la pared, amontonados en doble y hasta triple fila; sobre la mesa, apilados en columnas de tres pies de altura; los había incluso en el suelo, donde las pilas formaban un laberinto en miniatura por el cual no era fácil moverse. Rasero observó que, pese al aparente caos, estaban acomodados metódicamente. Descubrió que cada hilera correspondía a un tema, sin haber en ella un solo libro que se apartara de él. Frente a sí, sobre la mesa, se encontraba una columna de viejos libros de química. En sus lomos podía leer los nombres de los autores. Nombres que llevaron a su mente diez años atrás, cuando escuchaba atento las disertaciones del doctor Antonio Ulloa, su maestro y amigo, descubridor del platino, el químico más grande de España. Le hablaba Ulloa —y frente a él tenía esos nombres mágicos— de Calínico, el alquimista sirio, inventor del fuego griego, que contiene una fracción de petróleo como inflamable, salitre como dador de la lumbre y cal viva que aporta el calor al reaccionar con el agua... De Livadius, el autor del primer libro de texto de química moderna, que ahora estaba a su vista: un libro pequeño y muy viejo, por el cual su querido maestro hubiese dado su exigua fortuna... De Mayow, el químico inglés que estudió como

nunca se había hecho el fenómeno de la respiración y demostró que sólo una parte del aire se emplea tanto para respirar como para lograr la combustión; experimento que más tarde haría famoso a Lavoisier, quien ahora apenas –esto no lo sabía Rasero– contaba con siete años de nacido... Del gran sabio moro Rhazes, que hizo la escayola de París, capaz de curar los huesos rotos manteniéndolos unidos, descubridor, además, del antimonio, pese a los embustes y fantasías –así los llamaba Ulloa– de los occidentales, que atribuyen ese descubrimiento a un monje irlandés... De Becher, el alemán aventurero, inspirador del doctor Stahl y su flogisto... De Maimónides, el gran médico español, enemigo, desde tiempos tan remotos como el siglo XIII, de fanatismos y supercherías, crítico implacable de la astrología, defensor entusiasta, en cambio, de la astronomía... De Kunckel, el alemán que logró aislar el fósforo, descubrimiento que –decía Ulloa– es justo atribuir también a Brand, otro alemán contemporáneo de Kunckel, y de quien, por cierto, también había un libro en la mesa de Diderot... De Aubert, un químico francés capaz de darle semejante título –es lo único que Ulloa sabía de él– a un libro: *De metallorum ortu et causis contra Chemistas brevis et dilucida et Progymnasmata in Joannis Fernelli librum de abditis rerum naturallum causis*, obra que ahora tenía frente a sus ojos, en casa del pantófilo Diderot. Estaban también Van Helmont, Beguin, Aldrovandi, Avicena, Paracelso, Boyie, Boerhaave, Toscanelli, Lefevre, Pott y Cristóbal Acosta, el autor africano del *Tratado de las drogas y medicinas de las Indias Orientales*, añejísima obra de la que Ulloa se ufanaba de ser poseedor del único ejemplar que existía. “Ver este otro no le hubiese agradado mucho a mi querido maestro”, pensó Rasero.

–¿Le interesa a usted la química, monsieur Rasero? –preguntó Jean d’Alembert.

–Creo que sí. A decir verdad, conozco poco de esta ciencia: lo que logró introducir en mi dura cabeza el doctor Antonio Ulloa, mi antiguo maestro. Una persona formidable, por cierto. Fue él quien me convenció de las posibilidades de esta ciencia, siempre y cuando, insistía mucho en ello, se le desligara de la alquimia, más que madre, madrastra de la química, que ha dilapidado muchos siglos y muchas mentes lúcidas en la búsqueda de algo tan inútil como el oro. Porque, imagínese usted, si por puro azar los alquimistas hubiesen tenido razón, si hubieran encontrado ese mágico procedimiento capaz de transformar en oro los metales vulgares, ¿qué se habría ganado? Muy poco, creo yo; pronto el mundo estaría saturado de ese metal y su precio, en consecuencia, se iría para abajo. En la fiebre por convertir el plomo en oro, al cabo de unos años lo valioso sería el plomo, pues comenzaría a ser escaso y,

hemos de admitirlo, es mucho más útil que el metal amarillo. Así pues, según Ulloa, los alquimistas estaban equivocados de principio a fin. No obstante, y quizá sin proponérselo, hicieron descubrimientos notables que vinieron a ser el origen y el soporte de la química, verdadera ciencia moderna. Ulloa me habló de más de doscientas sustancias, entre metales, minerales, espíritus alcohólicos y ácidos, sales y gases, descubiertas o preparadas por los alquimistas. Sustancias mucho más útiles que el oro, con un sinfín de aplicaciones en nuestra vida cotidiana. Ése es el camino que debe seguirse, y creo que se está siguiendo: cada vez son menos los que buscan la vía áurea. Tal vez Newton fue el último grande que creyó en la alquimia. Y, ya ve usted, no logró en ese campo una sola aportación, por minúscula que fuera. No hay punto de comparación con lo que hizo en la física, y eso que, según cuentan sus biógrafos, por cada hora de su vida que dedicó a la física, ocupó cinco en la alquimia.

—Sí, algo he oído de eso.

—Para Ulloa, que es un fanático de la química, en la composición de las sustancias está la clave para transformarlas, ya sea degradándolas o uniéndolas para formar nuevos compuestos. En ellas están contenidos los principios de la vida, de los alimentos, de la salud. Cuando logremos un conocimiento profundo de sus propiedades y la destreza para transformarlas a nuestro antojo, las posibilidades que se abrirán serán casi infinitas. Nuestra vida, nuestro mundo, cambiarán radicalmente.

—¿Para bien o para mal? —preguntó Diderot que acababa de sentarse a la mesa y servirse un vaso de vino.

—Buena pregunta, monsieur Diderot. Yo mismo me la he hecho a menudo y siempre encuentro en un extremo tan buenos argumentos como en el otro...

¿Cómo hablarles de lo que has visto tantas veces en ese mundo que visitas cada vez que alcanzas el orgasmo? Allí, y eso lo sabes muy bien, la química y muchas otras ciencias han impuesto sus reales. Has podido ver infinidad de objetos que no existen en tu época. Como esas pequeñas burbujas de vidrio, que emiten una luz amarilla mucho más potente que cualquier vela, o esos toscos carruajes de metal que se desplazan veloces sobre ruedas de caucho inflado sin el auxilio de una bestia de tiro, o esos extraños líquidos de mil colores que la gente ingiere todo el tiempo, burbujeantes como la champaña, pero de un sabor que adivinas ácido y dulzón. Y digo “adivinas” porque de hecho no has tenido con ese mundo el mínimo contacto que no sea visual:

cada vez que intentas tocar un objeto, tu mano lo atraviesa como si fueras un fantasma. Tampoco puedes olerlo ni degustarlo. Ves ese extraño mundo durante el fugaz instante del orgasmo, de la misma forma que un espectador observa una comedia en el teatro.

—... Aunque creo que, para bien o para mal, hacia allá vamos. No es dado en el hombre no emplear lo que descubre. Basta con echar un vistazo a la historia: todo invento, por terrible que parezca, lo hemos incorporado de buena gana a nuestro acervo, o arsenal, según el caso. Tal vez no estaban tan errados Pitágoras y sus discípulos cuando juraron no compartir con el mundo lo que descubrieran sus inteligencias.

—Quizá fuera mejor así. Pero el hecho es que no lo ha sido. Nuestro futuro está condenado a atiborrarse de cuanta idiotez inventemos —dijo, sonriente, Diderot.

—Así parece, en efecto. Y ustedes, por lo que sé, son cómplices en ese proceso, pues ¿qué otra cosa, si no, es hacer una enciclopedia como la que tienen en mente? Porque, según he podido comprender a Jean, su proyecto es mucho más ambicioso que el que tenía Gua de Malves.

—¡Ese cobarde! Quería hacer una traducción francesa de un diccionario para médicos inglés. No da para más su triste mollera.

—Pero así estaba a buen resguardo del torreón de Vincennes —replicó D'Alembert.

Diderot descubrió satisfecho que el oír ese odioso nombre no le afectaba el olfato.

—Sí, amigo. Divulgar el conocimiento sin prejuicios, libre de mentiras y supersticiones; suministrar, por decirlo de algún modo, herramientas para hacer menos penosa nuestra ignorancia y tal vez nuestra existencia, parece ser un delito. Pero no hay que detenerse por eso. La historia, como decía monsieur Rasero, también nos brinda magníficos ejemplos en este aspecto. ¿Acaso no murió Bruno en la hoguera por sostener una verdad que ahora, dos siglos después, nos parece tan evidente que se la enseñamos como cualquier cosa a los párvulos en la escuela? ¿No hicieron abjurar y encerrarse en una torre al gran Galileo por atreverse a ver lo que hace millones de años está en el cielo, esperando un ojo avisgado que lo revele? Los hombres somos muy necios, qué duda cabe. Castigamos con saña no a la ignorancia, sino a lo que la afrenta. El saber que acumulamos, por el que dieron la libertad, la honra